



LA HERENCIA.

(Conclusion.)

Sin embargo, transcurrieron dos meses en dudas y proyectos, hasta que habiendo tomado una resolución, desapareció Perico una tarde. En vano D. Timoteo le buscó en todas partes; en vano se enviaron las señas del fujitivo á los alcaldes de los pueblos inmediatos; nadie indicaba la dirección que había tomado, y fueron pasando días, meses y aun años, sin que se supiese la suerte de Perico.

Y en verdad que su suerte no era muy feliz; pero como él mismo se la había preparado, por una falsa vergüenza no se atrevía á escribir á su tutor, que para ser *libre* había creído que el hijo del capitán Grijalba sería recibido con los brazos abiertos en cualquier buque; que de este modo daría vuelta al mundo, y que así pasaría agradablemente en viajes los años que le faltaban para ser mayor de edad.

Con esta esperanza se dirigió al puerto de Gijón, en Asturias, con la corta suma que había podido reunir economizando el dinero que le daba su tutor cada semana. Viajando solo de noche y por caminos de travesía, Perico, disfrazado de pastor, logró escapar á las pesquisas de D. Timoteo Galán, llegando con toda felicidad á Gijón.

Paseábase al día siguiente en el muelle, cuando encontró á un marinero de la marina real, quien le aseguró había conocido en la Habana á su padre. Perico le habló de su proyecto, y Camilo Pio, que así se llamaba el viejo marino, prometió recibirlo á bordo del magnífico bergantín el *Trueno*, el cual esperaba viento favorable para aparejar con destino á las Américas. Perico acogió con júbilo la propuesta, y se enganchó de grumete, poniéndose á disposición de Pio.

Jamás había sido Perico tan dichoso como el día en que puso el pié á bordo del *Trueno*. Acababa de fijar él mismo su suerte; acababa de hacerse marino de motu proprio, y algún día volvería á aparecer en Astorga á lo menos con las insignias de alférez de fragata!....

Pero desde la primera semana comprendió Perico que se había echado al cuello una cadena mucho mas pesada que la que había querido imponerle su tutor. En su infancia, María Juana había empleado contra él el argumento del palo; mas tarde el tío Celama había recurrido de vez en cuando al garrote; ahora se valían de otro argumento mucho mas poderoso llamado *espeque*, y su protector á bordo, el antiguo amigo de su padre, Camilo Pio, decía que Perico era su discípulo, y como quería que el discípulo honrase al maestro, no era el que menos apelaba á los castigos.

Creía Perico que cuando supiese la maniobra se disminuiría hasta cesar enteramente el número de los golpes; pero se engañó en esto como en otras muchas cosas. Camilo Pio había obtenido con justicia el apodo de *Mal-Genio*, y no era el único del equipaje que lo mereciese: así es que el pobre Perico, á quien tanto le gustaba descansar aun antes de haber trabajado, no podía menos de sentir á cada instante en sus costillas el maldito *espeque*.

Mas no paraba en esto su desventura: cuando el bergantín tomaba puerto, casi siempre tenía que contentarse el mancebo con ver de lejos las poblaciones, porque reinaba á bordo la dis-

ciplina mas severa, y á ninguno le era permitido dejar el puente del buque, contratiempo que afligia tanto mas á Perico, cuanto que no tenia medio alguno de distraerse.

En Montevideo, que entonces pertenecía á España, fondeó el buque por algun mas tiempo, y Perico al fin pudo saltar á tierra. Se aprovechó entonces del permiso para averiguar la duracion de su enganche, porque se habia vendido sin cuidarse del tiempo que estaría privado de su libertad. Siete años era su empeño; ¡siete años! ¡siete años de una vida tan dura!.... Pero Perico era menor de edad, tenia tutor, y podia éste librarle... Escribió, pues, algunas líneas á D. Timoteo, mas en seguida rompió la carta apenas empezada.

Sin embargo, como hubiese á la sazón en aquellas aguas un buque con direccion á Barcelona, Perico acabó por escribir, y D. Timoteo recibió la carta á los dos meses de haber desaparecido su pupilo, el cual rogaba al anciano le alcanzase licencia á toda costa, á fin de volver á sus hogares. Añadia Perico que entonces iría á donde quisiese su tutor, y que se esforzaría con su entera sumision por hacer que le otorgara el perdon de una falta que habia pagado muy cara desde el primer dia que entró á bordo de un buque de guerra.

Lo que pedia Perico no era cosa muy fácil; pero sin embargo, D. Timoteo se valió de tales resortes y tanto trabajó, que al cabo de seis meses consiguió se expidiese al grumete licencia absoluta, la cual fué enviada al comandante de marina de Cádiz. Pero Perico, atacado del escorbuto, lo mismo que otros marineros, fué depuesto en una de las islas del mar del Sud, y aunque custodiados por hombres bien armados, una noche fueron sorprendidos por los salvajes, los cuales quitaron la vida á los enfermos sin piedad alguna.

El capitan del *Trueno* dió parte de esta triste ocurrencia al ministerio de Marina, y D. Timoteo Galan, cierto de la muerte de su pupilo, derramó por él algunas lágrimas, porque le tenia cariño, y al dar cuenta de la tutela, dijo al escribano de Astorga:

—«La vida hubiera sido para Perico una carga muy pesada, y Dios ha hecho muy bien en llamarlo á sí.

—Soy del mismo modo de pensar, respondió el escribano; nunca hubiera sabido disfrutar de su fortuna, y le hubiéramos visto venir aquí con las rudas costumbres de un marinero para tirar todos sus bienes: sí, el pobre muchacho ha hecho bien en morir, tanto por él mismo como por su familia, que entra ahora á heredar.»

Tal fué la oracion fénebre de Perico (a) *el Pastor*.

Pero Perico no habia muerto, pues cediendo otra vez á las inspiraciones de su mala cabeza, se finjió mas enfermo de lo que en realidad lo estaba, á fin de que lo transportaran á la isla. Ya en ella, en la esperanza de que mas tarde abordaría á aquellas regiones algun buque que se dirigiese á España, al principio de la noche en que los enfermos fueron atacados por los salvajes, logró escaparse provisto de un fusil y de las municiones necesarias, decidido á arrostrar toda clase de peligros antes que volver á servir en el *Trueno*.

Y en verdad que no le faltaron peligros y aventuras: vagando de isla en isla, de continente en continente, no atreviéndose á presentarse á capitan alguno de buque español, porque conocia la suerte que le esperaba como desertor, llegó á tener veinte y cinco años sin que le animase la esperanza de volver al suelo natal. Sin embargo, al cabo de diez años de peregrinacion, el amor á la patria pudo mas que el miedo, y Perico volvió á respirar el aire de su pais.

Con mas dinero que cuando huyó de Astorga, porque le habia hecho la necesidad un traficante nada torpe, Perico, antes de sufrir la suerte que merecia por su desercion, quiso abrazar á sus padres de leche el tio Diego Celama y María Juana, pues al cabo de tantos años de vivir lejos de su pais y de las personas que le querian, habia comprendido el valor del cariño que profesaba á su familia adoptiva.

Perico halló á Benvivre en el mismo estado en que le dejó; pero ¿quién sabe los cambios que podia haber experimentado la familia del tio Diego?... El primer conocido á quien divisó de lejos fué Lantena el sastre, que se calentaba al sol, sentado en un banco de madera á la puerta de su casa.

— «¡Veamos si me conoce!

Esto dijo Perico, cuyo corazon se habia conmovido, y cuyos ojos se habian cubierto de lágrimas al descubrir las primeras casas del pueblo.

Lantena, que estaba muy viejo y lleno de achaques, no reconoció al princio á Perico, al cual dijo respondiendo á sus preguntas:

— «La familia de Celama está rica, y ya no vive en este pueblo.

— ¿Pues cómo? preguntó Perico.

— Es una historia muy larga de contar.

— Lantena, cuéntemela V.

— ¿V. sabe mi nombre? exclamó el sastre mirando con atencion al forastero. Si Perico Grijalba no hubiese muerto, diría que es V. Perico, porque se parece V. á él en las facciones, en la voz y en todo!

— ¡Pues bien! ¡soy Perico!

El pobre viejo se levantó sorprendido, y Perico le cojió del brazo para sostenerle, porque temblaba de pies á cabeza, y entró con él en la casa, diciéndole:

—«Aquí estaremos mejor para hablar, porque las vecinas vendrían á ver al forastero, y deseo no darme á conocer por ahora.»

Cuando supo Perico que D. Timoteo le habia alcanzado su licencia absoluta, exclamó sumamente alegre:

—«¡Gracias á Dios que era libre cuando dejé el *Trueno*, porque de este modo no soy desertor!

—Es decir, respondió el sastre, que no lo eres de hecho, pero sí de intencion.

—Es verdad, replicó Perico; pero harto cara he pagado mi falta; sí, muy cara, porque si hubiera cumplido con mi deber, á mi vuelta con el *Trueno* me hubiera encontrado libre, y no habria pasado tantos trabajos!

—Sin contar, añadió Lantena, que tu familia no se hubiera repartido tu herencia.

—¿Cómo?

—Nada tienes, Perico, nada en el mundo. Habiendo certificado el capitan de tu bergantin que fuiste asesinado por unos salvajes, tu familia reclamó la herencia, y como eran muchos los herederos, ha sido preciso dividir el caudal en pequeñas porciones.

—¡Pero no he muerto, y lo probaré! exclamó Perico.

—¿Tienes dinero para sostener uno, veinte pleitos? preguntó el sastre. Si me crees deja las cosas en el estado en que se hallan, porque ¿no te has desheredado á tí mismo?»

Perico guardó silencio, hasta que al cabo de un rato dijo con voz conmovida:

—«¿Y el tio Diego?

—Don Timoteo abogó por él, diciendo que el bueno del pastor tenia derecho á ser recompensado por lo que habia hecho por tí. Tu familia conoció la razon, y le dió cierta cantidad, con la cual el tio Diego comenzó á almacenar madera, que vende á muy buen precio, hallándose hoy rico y establecido con su familia en unas tierras que ha comprado á una legua de Benvivre.

—¿Y el señor cura? preguntó Perico, quien hacia esfuerzos para ocultar su agitacion.

—Tan grandemente, y estoy seguro de que se alegrará mucho de verte.

—Voy á su casa,» dijo Perico levantándose, y salió despues de saludar á Lantena.

El aventurero fué recibido por el cura con mucha sorpresa; pero tambien con mucho cariño, y viendo el virtuoso pastor que Perico sabia el modo con que habia perdido la herencia, le

preguntó, no sin alguna inquietud, lo que pensaba hacer.

—Antes de todo, respondió Perico, quiero probar que no he muerto, y que no es un impostor el que se llama Pedro Grijalba.

—¿Y despues, hijo mio?

—Despues, señor cura, veré si mis parientes quieren hacer algo por el heredero del señor Santiago Grijalba, que hoy no tiene ni una fanega de terreno de tantas tierras como le pertenecen.

—¿Es decir, que no estás dispuesto á reclamar contra las particiones?

—Pensé hacerlo al principio; pero lo he reflexionado bien, y como desde que empecé á poseer el caudal no he tenido un dia feliz, y ahora tendria que despojar á los que han usado de su derecho pidiendo lo que les correspondia muerto yo, desisto de mi intento, y los dejó en pacífica posesion de la herencia de mi tio.... Por lo que hace á mí, me contento con que me presten una corta suma para comprar un barco de cabotaje: con él, si Dios quiere, me labraré mi suerte, sin haber hecho derramar lágrimas á ninguno de mis parientes.

—¡Hijo mio, le dijo el cura tendiéndole la mano, toca esos cinco, porque eres un hombre honrado! Dios bendecirá tu rectitud y tu valor.... Pero no tardes en ir á Astorga para acreditar que vives.

—Antes, señor cura, si á V. le parece bien, iré á ver á mis padres: los parientes no han hecho por ellos todo lo que yo pensaba hacer; pero al fin los han sacado de la miseria, y ahora es cuando sé, gracias á Dios, que la prosperidad que alcanzamos con nuestro trabajo es mas dulce al corazon que el oro que no nos ganamos por nosotros mismos.

—Vé, pues, hijo mio, y que mañana sin falta salgas para Astorga, á fin de que el escribano nuestro amigo te aconseje y ayude.»

Despues de aceptar la colacion que le habia ofrecido el cura, Perico se dirigió en busca de sus padres, pensando durante el camino en la singular posicion en que le habia hecho caer su locura, y afirmándose en el pensamiento de no disputar la propiedad de los bienes. Cuando llegó á la hacienda del tio Celama, la tia María Juana estaba sola, y al ver á Perico palideció; pero luego que oyó su voz se arrojó al cuello del vagabundo, dando un grito y anegada en lágrimas.

—¡Con que no has muerto! decía en medio de sus sollozos; ¡oh! siempre lo he dicho; pero me trataban de loca!.... ¡Hijo mio! mi pobre Perico.»

Desasíose de sus brazos, y luego añadió:

—¡Pero ya no tienes nada! Sin embargo, hijo mio, nosotros te daremos cuanto poseemos, y es preciso que ellos tambien te devuelvan tus bienes!....

—Madre, ya hablaremos de esto, respondió Perico.

—Deja que te abrace otra vez.»

Y María Juana colmó á Perico de caricias maternales: luego envió á sus hijas en busca de su padre y sus hermanos que estaban ocupados en la labor, los cuales no tardaron en ir á abrazar al viajero. El resto del día se pasó en la efusion de la confianza y el cariño. ¡Tenian que decirse tanto de una y otra parte! Muchas veces lloró María Juana durante la relacion de todos los peligros que Perico habia corrido entre los salvajes, y de las miserias que habia sufrido en el seno de las regiones civilizadas.

—Dura ha sido la prueba; pero me ha aprovechado, decia Perico con jovialidad, porque en el día sé que el hombre puede todo lo que quiere: solo le falta aprender á no querer otra cosa que lo que sea razonable, y esto lo he aprendido yo bien á mi costa; pero me servirá para lo futuro.»

Al día siguiente Perico y el tio Diego se pusieron en marcha para Astorga, y despues de solazarse un momento con la estupefaccion del escribano, á quien dejó que dijese en favor de su familia cuanto tuvo á bien, Perico respondió:

—«Vengo á suplicar á V. que me ayude á acreditar que soy Pedro Grijalba, para decir en seguida á mis parientes que vivan en paz y que me estimen: ninguna otra cosa pido.»

Asustada la parentela al saber la vuelta de Perico, acudieron á casa del escribano, persuadidos de que el legatario universal iba á hacer valer sus derechos; pero al salir de su estudio, fueron en busca del espatriado llenos de gratitud, para ofrecerle dinero y servicios.

—«Ámadme, respondió Perico vivamente conmovido; con esto solo me contento. ¡Ah! Se necesita haber vivido como yo durante veinte y cinco años sin familia para saber lo que vale el cariño de nuestros parientes!»

Pocos dias despues llegó á Astorga D. Timoteo Galan, que se hallaba en Leon, y expresó su alegría de un modo que conmovió á Perico, el cual hacia mucho tiempo que habia conocido que la severidad de su tutor nacia de un cariño tan verdadero como ilustrado.

—Apruebo, dijo D. Timoteo á Perico, la resolucion que has tomado. Eres jóven y animoso; los trabajos te han robustecido y puedes trabajar; créate tú mismo tu fortuna, y no olvides que la consideracion general que adquieres con tu noble conducta para con tu familia, vale mas que tres mil duros de renta.»

Cediendo á las instancias de sus parientes, aceptó Perico por vía de préstamo una cantidad mas que suficiente para comprar un barco de cabotaje. Como la necesidad habia desarrollado en él la inteligencia y la actividad, en pocos años logró devolver el dinero prestado, y á poco vió crecer rápidamente su fortuna. Pero

toda su vida fué patron de cabotaje, porque apenas sabia leer y escribir, y en vano quiso reparar el tiempo perdido, adquiriendo la necesaria instruccion: ¡ya era tarde!

Cuando llegó á ser viejo encerróse en una bonita casa de Benvivre, y decia muchas veces á sus sobrinitos cuando iban á pasar las vacaciones á su lado:

«¡Si volviera á ser muchacho, de seguro no haría lo que he hecho!.... Hijos míos, vosotros contaís con la herencia de vuestro pobre tío, y solo pensais en sus posesiones y en sus onzas de oro; pero yo os dejaré otra cosa mejor, porque voy á daros educacion costeándoos los estudios. Si se me antojara desheredaros, ¿qué os importaría esto? Con educacion é instruccion, el hombre vive en todas partes, al paso que el que no tiene educacion ni instruccion es un tonto de capirote que desperdicia el tiempo y la vida, y que deja pasar las mejores ocasiones sin poder aprovecharlas.

«Creedme, hijos míos, la educacion y la instruccion valen mas que las minas del Perú: ellas son la única herencia estable, sin que puedan destruirla los sucesos: con ellas la miseria y el fastidio ó no asaltan al hombre, ó á lo menos no son durables!»

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

III.

Emigracion de las aves.—Las orugas.—Los ichneumones.

Las aves, como sabeis, son viajeras por gusto y por necesidad: así es que van á donde encuentran con facilidad el alimento, el clima que les conviene y la ausencia de enemigos, al menos enemigos harto numerosos y encarnizados. Bajo estas condiciones habitan un país, y cuando no encuentran semejantes ventajas, toman el vuelo y van en busca de otros climas y mejor asistencia.

Luego que entre nosotros la primavera reanima la naturaleza; cuando las plantas empiezan á brotar; cuando los insectos que viven de la vegetacion ó de sus semejantes, salen á luz y se multiplican, vemos que una especie tras otra vuelven de lejanas regiones á aprovecharse de la dulce temperatura y del banquete con que les brinda la Providencia, á construir sus nidos, á poner sus huevos, á criar su progénie; y terminados sus deberes y sus gustos, padres é hijos se ponen en marcha para aguardar bajo un cielo meridional el fin de la estacion rigurosa.

Todos no alcanzan el deseado objeto, porque los lazos que el hombre tiende les aguardan á su paso, y parte de la bandada viene á ser víctima de nuestra glotonería. En la Lombardía, desde el mes de agosto se empiezan á preparar redes para cojer las aves que van de vuelta, abandonando las montañas del Tirol y la Suiza, donde el frío comienza muy pronto, para pasar el invierno en Italia. Dichosas las bandadas cuyo vuelo se eleva á tal altura que se hallan fuera del alcance de los cazadores! En cuanto á las demás, con dificultad logran escaparse de los lazos que se les tienden; habiendo naturalista que ha calculado que al salir de Suiza quedan en las redes de la Lombardía 100,000 pájaros. ¡Cuántos otros no perecen en los países donde la seda y la liga les hacen cruda guerra!

No faltan defensores ó mas bien abogados de estos pobres animalitos: se ha hecho valer su vida inocente, el canto agradable con que recrean nuestro oído, el movimiento y animación que dan al paisaje: en fin, puesto que el hombre muchas veces las mata por interés, se ha sostenido que las aves son útiles al hombre, y que prestan grandes servicios á la agricultura. Se ha dicho á los labradores y á los jardineros:

«Se quejan VV. de las orugas que roen y devoran las legumbres y las frutas; pues bien! los pájaros trabajan en extinguirlas, y no tienen la culpa si la tarea es algunas veces superior á sus fuerzas y no pueden arrebatarse todas las orugas. No pocas veces se les ha calumniado acusándolos de que destruyen los frutos, y hasta de que se les debe la muerte de los árboles porque arrancan las cortezas. Por el contrario, perseguían sobre las frutas y bajo las cortezas de los árboles á los dañinos insectos, haciendo á VV. un servicio precisamente en el mismo momento en que se las acusaba de perjudiciales!»

No obstante, es preciso confesar que las nuevas observaciones hechas por ciertos naturalistas han comprometido singularmente la causa de los pájaros, á los cuales quisiéramos nosotros ver triunfar. Hé aquí lo que dicen estos naturalistas:

«Algunas veces aflige á la agricultura una abundancia excesiva de orugas, sin que haya medio eficaz de librarse de ellas: es verdad que los pájaros se comen una parte; pero esto no disminuye la plaga, y también hay especies de aves que impiden que disminuyan, del modo siguiente. La naturaleza ha creado junto á todas las especies de animales dañinos un enemigo que se ocupa en su destrucción y se opone á que sea muy numeroso. Ahora bien, el enemigo que tiene esta misión para con las orugas es un insecto volátil que se llama ichneumon.

«No es el cuadrúpedo acerca del cual se han esparcido tantas fábulas, teniéndosele por enemigo encarnizado del cocodrilo: lo único que hay de verdad, es que el gato de algalia, llamado

ichneumon, destruye los huevos de cocodrilo, y hé aquí por qué los antiguos egipcios rendian culto á este pequeño euadrúpedo.

«Tal vez porque el insecto volátil de que hemos hablado mas arriba hace igual ó parecido servicio respecto á las orugas, se le ha dado tambien el nombre de ichneumon. Lo cierto es que las hembras de esta especie de mosca rompen la piel de las orugas para deponer en ella sus huevos, y los gusanos que salen de estos huevos matan primero á las orugas sobre las cuales han nacido, y después, ya convertidas en moscas, producen á su vez nuevos enemigos de las orugas. De consiguiente, á los ichneumones y no á los pájaros se debe algunas veces la súbita desaparicion de las orugas, que tanta admiracion y alegría causa á los agricultores. Las aves, al contrario, hacen la guerra á los ichneumones, y de este modo contribuyen á la propagacion de las orugas, causando perjuicios á los labradores y á los jardineros en vez de servirles.»

Tal es el estado en que se halla el pleito de los pájaros: por lo que hace á nosotros, confesamos que su causa nos parece mala si se atiende á la gran utilidad que se les suponía en la agricultura; pero ¿no tienen siempre en su favor su gentileza, sus cortas visitas, y, sobre todo, sus cánticos tan puros y melodiosos?

JUGAR A LOS SOLDADOS.

Siempre que veo un grupo de niños jugando á los soldados formarse en batalla cerca de los paseos, ó en alguna plaza pública, no muy frecuentada, me acuerdo de una anécdota que me refirió uno de nuestros buenos generales, y voy á contarla.

En una de esas grandes alarmas, que hemos presenciado en la última guerra civil, que tanto ha debilitado las fuerzas de la España, era muchas veces indispensable llamar la naciente guardia nacional en auxilio de las fuerzas permanentes del ejército, para oponer un dique á las fuerzas que venian á caer sobre una poblacion. En una de estas reacciones un gran número de ciudadanos corrieron á las armas, y tomaron posicion junto á los muros de cierta ciudad.

En el número de los defensores de la causa nacional se encontraba el general V***, al cual se le dió el mando de un des-

tacamento de voluntarios. Púsose al frente de ellos y acudió paso acelerado á ocupar su puesto.

Luego que hicieron alto, quiso reconocer á los nacionales que le habian nombrado su jefe; cuál fué su admiracion, cuando descubrió en los diez primeros voluntarios, camaradas de su mas tierna infancia, con los que habia jugado, habia ya mucho tiempo, al juego de los soldados! Entonces se abrazaron, se festejaron, se tutearon.

— Te acuerdas, Tomás? dijo el general al mas jóven de la tropa, tu querías ser siempre el tambor, te gustaba el ruido, eras camorrista... ¿Qué te ha sucedido desde que nos separamos? ¿qué carrera has seguido?

— Soy artista, músico, toco la flauta en la ópera, es el refran al revés: *lo que principia con la flauta concluye con el tambor.*

— Y tú, Julian? dijo el aguerrido general, tú querías siempre batallas. ¿Has perseverado siempre en este camino guerrero?

— Soy juez de primera instancia, querido mio.

Los otros amigos de la infancia todos habian tomado una carrera opuesta á la que su aficion belicosa de la edad primera parecia presagiar, mas aquella primera semilla de amor de la gloria no se habia extinguido en sus corazones; y en una edad ya madura los antiguos compañeros de armas del general, recordaban sus juegos de otro tiempo, en una ocasion crítica donde el valor suplía por la experiencia y por la instruccion militar.

Lo mismo sucederá á los niños, que vemos todos los dias llevar, jugando, el sable y el fusil. Cuando los juegos de la infancia hayan cesado, cada uno de esos soldaditos habrá entrado en las funciones de la vida civil; mas vendrá un dia en que la ley ó los sucesos los llamen á defender el orden y la propiedad.

Y así como el referido general volvió á encontrarse en el campo de batalla á sus antiguos compañeros, del mismo modo nuestros soldaditos se volverán á ver, arma al brazo, y se reirán con el recuerdo de sus primeras armas, cuando el uniforme riguroso admita el sable de madera en blanco y el sombrero de tres picos de papel.

Ya que de esto tratamos, voy á contaros la historia de un soldadito, que despues llegó á ser un gran general, y que el emperador Napoleon juzgó digno de ocupar un trono.

Al principio del siglo habia en San German de Laya un colegio de jóvenes muy nombrado, situado en la calle de las Ursulinas, al lado de una academia de señoritas, dirigida por la célebre madama Campan.

Todas las notabilidades militares de la época ponian sus hijos en pension en uno ú otro de éstos dos establecimientos.

El director del establecimiento para varones tuvo una nieta

que se iba á bautizar; mas el amigo de la casa que debia ser su padrino cayó repentinamente enfermo.

Un jóven educando, que jugaba á los soldados con sus camaradas, suspendió sus evoluciones militares, fué á buscar al jefe de la casa, y le dijo:

—Señor maestro, tendría gusto en ser el padrino de esa niña.

—¿De veras, Eugenio? dijo el maestro: ¿sabes tú la doctrina?

—Si señor.

—Mas, añadió el maestro sonriéndose, ¿tú ignoras que un padrino tiene sérios deberes que llenar respecto á su ahijada? Debe servirla, en caso necesario, de tutor, de consejero, de amigo.....

—Pues bien, dijo Eugenito, yo haré todo eso.

Eugenio fué, pues, el padrino.

Este Eugenio de que hablamos, el niño que jugaba á los soldados, era el hijo de Josefina Beauharnais, el hijo adoptivo de Napoleon, entonces general.

Despues Eugenio Beauharnais llegó á ser virey de Italia, y á cada aniversario del bautismo enviaba un regalo á la nieta del maestro del colejo. Y mas de una vez pasó incógnito á visitar en San German el pequeño huertecito que cultivó cuando era estudiante, y se acordaba allí con placer de la época en que jugaba á los soldados, cerca de una pared de medianía, detrás de la cual Hortensia, su hermana, jugaba á las muñecas, en casa de madama Campan, célebre escritora.

A LOS NIÑOS.

Venid á mi lado, niños,
porque formais mis delicias,
y calmen vuestras caricias
del pecho el triste pesar:
esa inocencia sencilla
tan solo mi pecho anhela;
ella solo me consuela
en mi angustioso penar.

Tiernas plantas sois los niños
por el cierzo respetadas

mientras yacen arrancadas
plantas mil de mas vigor.
Pasa el huracan furioso
sin marchitar vuestra frente,
mientras derrumba potente
del árbol, hasta la flor.

El soplo de las pasiones
vuestro pecho no embravece;
solo quietud nos ofrece
esa venturosa edad:
mientras varoniles pechos
tristes están y alterados,
tranquilos y sosegados
os encontrais en verdad.

Venid á mi lado, niños,
venid á escuchar mi canto,
venid á templar el llanto
que derrama el corazon:
y traed vuestros juguetes;
el aro y el caballito,
los soldados y el carrito,
la pelota y el peon.

Y sentado dulcemente
admiraré silencioso
vuestro juego candoroso
sin malicia y sin doblez:
y cuando esteis fatigados
de juegos y diversiones,
escuchareis mis razones
con graciosa sencillez.

Atentos y cuidadosos
en mis rodillas sentados,
escuchareis admirados,
placenteros, mi decir:

os cantaré el sol que nace,
la aurora que le precede,
la noche que le sucede,
y de la luna el lucir.

Os diré quién hizo el mundo,
quién hizo sus maravillas,
quién guarda las avecillas
que su madre abandonó:
os contaré lindos cuentos
y leyendas asombrosas
que recuerden portentosas
el tiempo que ya pasó.

Y por vosotros el premio
de mi plácida tarea,
un abrazo solo sea,
que, por Dios, no mentirá:
luego tal vez asaltados
por angustiosos pesares,
vuestra mente mis cantares,
y mi lira olvidará.

Queredme, niños, ahora,
porque luego nada pido;
el amor tan solo ha sido
quien á cantar me forzó:
no penseis que acaso espero
me quedareis obligados,
pues jamás, niños amados,
el interés me movió.

Vosotras, niñas hermosas,
de tez fina y sonrosada,
las de sonrisa agraciada,
las de cándido mirar:
venid también á mi lado
con el paso presuroso,

y con afan amoroso,
repetiré mi cantar.

Y besaré vuestra frente,
vuestros labios encendidos;
mis besos correspondidos
por vuestras gracias serán:
y miraré vuestros ojos,
y beberé luz en ellos,
y en vuestros largos cabellos
mis dedos, sí, jugarán.

Amables hora y sencillas,
os sentareis a mi lado,
mientras que yo estasiado
mis canciones os diré:
me mirareis sonriendo
sin vergüenza y sin temores,
y acentos consoladores
de vuestros labios oiré.

Mas cuando el rubor encienda
vuestras mejillas de rosa,
la mirada ruborosa
á mis ojos no alzareis:
y tal vez entonces, niñas,
desechareis mis cantares,
y con sus tristes pesares
al trovador dejareis.

Y si acaso del poeta
os acordais cariñosas,
las memorias amorosas
el pecho habrá de ocultar:
echareis menos los cantos
que sin cesar prodigára,

mas sin mirarme á la cara
me dejareis suspirar.

Por eso, niños y niñas,
gozar quiero vuestro encanto;
sí, quiero gozarle en tanto
que mi cancion escucheis:
luego cuando los dolores
os cerquen, ó la vergüenza
al cariño y amor venza,
entonces me olvidareis.

Por eso preludio ahora
cantos y cantos sin cuento,
pues hallo en ello contento
y acaso os divertiré:
escuchadlos un instante,
con el seno conmovido....
con un suspiro perdido
satisfecho quedaré.

F. G. M.

